

Un lugar agreste y solitario

La fortezza, cerca de Bondeno, 1561

Lucrezia se sienta a la larga mesa del comedor, tan pulida que reluce como el agua y cubierta de fuentes, tazas invertidas y una coronita de ramas de abeto trenzadas. Su marido ocupa una silla, pero no en su sitio de costumbre, en la otra punta, sino a su lado, tan cerca que podría apoyar la cabeza en su hombro si quisiera; él desdobra la servilleta, endereza un cuchillo, acerca una vela y de pronto, con una claridad particular, como si le pusieran un cristal de color ante los ojos, o tal vez se lo retiraran, a ella se le ocurre que tiene intención de matarla.

Ha cumplido dieciséis años, no hace ni uno que contrajo matrimonio. Han pasado gran parte de la jornada en los caminos, aprovechando las pocas horas de luz propias de la estación, después de salir de Ferrara al amanecer y cabalgar hacia lo que, según él, era un refugio de caza, lejos, al noroeste de la provincia.

Pero esto no es un refugio de caza, le habría gustado decir cuando llegaron a su destino: un edificio de altos muros de piedra oscura, flanqueado por un bosque denso a un lado y un retorcido meandro del río Po al otro. Le habría gustado volverse en la silla y preguntarle ¿por qué me has traído aquí?

Sin embargo, no dijo nada y dejó que su yegua siguiera el camino tras él, entre árboles que goteaban, hasta cruzar el arqueado puente y llegar al patio del extraño alcázar en forma

de estrella; desde este primer momento le llamó la atención la inusitada ausencia de gente.

Se han llevado los caballos, ella se ha despojado del sucio manto y del sombrero, y él, de espaldas al resplandor de la chimenea, ha mirado cómo se los quitaba; ahora, con un gesto, indica a los criados del campo, que aguardan entre las sombras exteriores del comedor, que se acerquen y les sirvan de comer, que corten el pan, que escancien vino en las copas, y de repente ella se acuerda de las palabras que su cuñada, en un ronco susurro, le dedicó: Te echarán la culpa.

Lucrezia agarra el borde del plato con los dedos. La certeza de que él pretende acabar con su vida es como una presencia a su lado, como si un ave rapaz de negro plumaje se hubiera posado en el brazo de su silla.

He ahí la razón del repentino viaje a un sitio tan agreste y solitario. La ha traído aquí, a este alcázar de piedra, para asesinarla.

La estupefacción la arranca de su cuerpo y casi se echa a reír; flota en el techo abovedado mirando hacia abajo, a sí misma y a él, sentados a la mesa, llevándose a la boca el caldo y el pan salado. Él se inclina hacia ella y le toca la piel desnuda de la muñeca mientras le dice algo; se ve asintiendo, tragando la comida, pronunciando unas palabras sobre el viaje y los amenos paisajes por los que han transitado como si no pasara nada entre ellos, como si se tratara de una cena normal y después fueran a retirarse al lecho.

En realidad —piensa, todavía en lo alto de las piedras húmedas y frías del techo del comedor—, la jornada desde la corte hasta aquí ha sido aburrida, entre campos desolados y helados, bajo un cielo tan plomizo que parecía abatirse, agotado, sobre las copas de los árboles deshojados. Su marido había impuesto una marcha al trote, millas y millas rebotando en la silla, con la espalda dolorida y las piernas irritadas por el roce de las medias húmedas. A pesar de los guantes forrados de ardilla, los dedos con que sujetaba las riendas se le habían quedado rígidos de

frío y las crines del caballo no habían tardado en cubrirse de hielo. Su marido iba delante, escoltado por soldados. Cuando la ciudad dio paso al campo le habría gustado espolear a su montura, clavarle los talones en los flancos y volar por encima de las piedras y la tierra, avanzar por el paisaje llano del valle a gran velocidad, pero sabía que no debía hacerlo, que su sitio estaba detrás o cerca de él, si la invitaba, jamás delante, y así siguieron, al trote.

En la mesa, mirando al hombre del que sospecha que va a matarla, se arrepiente de no haberlo hecho, de no haber puesto a la yegua al galope. Se arrepiente de no haberlo adelantado como una flecha, crepitando de regocijo transgresor, con el pelo y el manto azotando el aire detrás de ella y levantando barro con los cascos. Se arrepiente de no haber llevado las riendas hacia las montañas lejanas, donde se podía haber perdido entre los pliegues rocosos y las cumbres para que nunca pudiera encontrarla.

Él apoya los codos a los lados del plato y le cuenta que venía a este refugio —como insiste en llamarlo— cuando era niño, que su padre lo traía aquí de caza. Le cuenta que lo obligaba a disparar una flecha detrás de otra a una diana colocada en un árbol, hasta que le sangraban los dedos. Ella asiente y murmura palabras de comprensión cuando es preciso, pero lo que de verdad quiere hacer es mirarlo a los ojos y decirle: sé lo que te propones.

¿Se asombraría, lo desconcertaría? ¿La considera una esposa inocente e ingenua que apenas ha salido de la niñez? Lucrezia ve todas estas cosas. Ve que su marido lo ha pensado con esmero, con diligencia, separándola de todos, asegurándose de que su séquito quedara atrás, en Ferrara, de que esté sola, de que no haya nadie aquí del *castello*, solo ellos dos, un par de soldados fuera y unos pocos criados del campo para servirlos.

¿Cómo querrá hacerlo? Por una parte, le gustaría preguntárselo. ¿Un puñal en un pasadizo oscuro? ¿Apretándole la garganta con sus propias manos? ¿Una caída del caballo que parezca un

accidente? Está segura de que habrá pensado en todas estas cosas. Le aconsejaría que procurara hacerlo bien, porque su padre no va a considerar el asesinato de su hija con indulgencia.

Deja la copa; levanta la barbilla; vuelve los ojos hacia su marido, Alfonso, duque de Ferrara, y se pregunta qué va a pasar a continuación.

Las desventuradas circunstancias de la concepción de Lucrezia

El palazzo, Florencia, 1544

Eleonora habría de lamentar la forma en que fue concebida su quinta hija. Imaginémosla en el otoño de 1544: se encuentra en la sala de cartografía del *palazzo* florentino, sujetando un mapa muy cerca del rostro (es un poco corta de vista, pero jamás lo reconocería ante nadie). Sus damas guardan las distancias junto a la ventana, lo más lejos posible; aunque ya es septiembre, hace un calor sofocante en la ciudad. Da la sensación de que el rectángulo del pozo del patio desprenda más y más calor y recueza el aire. El cielo está plomizo e inmóvil; ni una leve brisa mueve las cortinas de seda, las banderas de las murallas del *palazzo* cuelgan exánimes y flácidas. Las damas de compañía se abanicán, se enjugan la frente con pañuelos y suspiran en silencio; todas se preguntan cuánto tiempo más tendrán que estar aquí, en esta estancia forrada con paneles, cuánto tiempo más querrá Eleonora examinar el mapa y qué será lo que tanto le interesa mirar en él.

Eleonora escudriña la representación a punta de plata de la Toscana: las cumbres de los montes, el curso sinuoso de los ríos, la aserrada línea costera que asciende hacia el norte. Pasa la mirada por el dédalo de caminos que se apiñan en las ciudades de Siena, Livorno y Pisa. Eleonora es consciente de su singularidad y de lo mucho que vale. No solo tiene un cuerpo capaz de

procrear un sinfín de herederos, sino también un bello rostro, una frente como cincelada en marfil, unos grandes ojos de color castaño y una boca bonita tanto si sonríe como si no. Además de todo esto, posee una inteligencia aguda y rápida. Mira las rayas del mapa y, al contrario que la mayoría de las mujeres, sabe interpretarlas como campos llenos de grano, bancales de viñas, cosechas, granjas, conventos y arrendatarios de tierras de labor.

Deja el mapa y, en el momento en que las damas hacen recrujir las faldas disponiéndose a ir a una estancia mejor ventilada, ella coge otro. Estudia la tierra firme de la costa; al parecer, no hay nada señalado en esa parte de la carta más que unas zonas de agua indistintas e irregulares.

No soporta lo inútil. Bajo su mando se ha renovado y puesto en funcionamiento hasta el último cuarto, pasillo y antecámara del *palazzo*. Se ha adornado y embellecido hasta la última pared enlucida. No consiente que sus hijos, sus criados y sus damas tengan un minuto de holganza ningún día. Desde que se despiertan hasta el momento en que reposan la cabeza en la almohada, siempre tienen una tarea asignada en el horario que dispone ella. Salvo cuando duerme, está ocupada en algo: escribir cartas, recibir clases de lenguas, hacer planes o listas de cosas o supervisar el cuidado y la educación de sus hijos.

Empiezan a bullirle en la cabeza mil y una ideas para aprovechar esas marismas. Hay que drenarlas. No, hay que irrigarlas. Podrían convertirse en tierras de labor. Podrían convertirse en una ciudad. Podría instalarse un sistema de lagos para criar peces. O un acueducto o un...

Le interrumpen el pensamiento una puerta que se abre y el ruido de botas en el suelo; son unos pasos firmes, seguros. No se vuelve, pero sonríe para sí, levanta el mapa hacia la luz y observa el resplandor del sol que ilumina las montañas, las ciudades y los campos.

Una mano se le posa en la cintura y otra, en el hombro; nota

el roce hirsuto de una barba en el cuello, la presión húmeda de unos labios.

—¿Qué estás tramando, laboriosa abejita mía? —le murmura su marido al oído.

—Estoy pensando en estas tierras —dice, con el mapa todavía en la mano—, estas de aquí, a la orilla del mar, ¿ves?

—Hummm —dice él, rodeándola con un brazo, hundiendo la cara en el cabello recogido, apretándola con todo el cuerpo contra el duro borde de la mesa.

—Si las drenáramos, acaso fuera posible sacarles algún rendimiento, ya fuera cultivándolas, construyendo y... —no termina la frase porque él le hurga entre las faldas y se las levanta para pasarle la mano sin ningún impedimento por la rodilla, por el muslo y más arriba, mucho mucho más arriba—. Cosimo —lo regaña en un susurro.

Pero no tenía por qué preocuparse: las damas salen de la estancia barriendo el suelo con los vestidos y los ayudados de Cosimo también, apelonándose todos en el umbral, ansiosos por desaparecer.

La puerta se cierra tras ellos.

—Ahí el aire no es bueno —continúa ella, desplegando el mapa entre los blancos y afilados dedos como si no pasara nada, como si un hombre no estuviera detrás de ella intentando abrirse paso entre las capas de ropa interior—, es maloliente y malsano y, si quisiéramos...

Cosimo le da media vuelta y le quita el mapa de las manos.

—Sí, amor mío —le dice, inclinándola sobre la mesa—, lo que tú digas, lo que tú quieras.

—Pero, Cosimo, mira un momento...

—Después. —Suelta el mapa en la mesa y deposita a Eleonora encima al tiempo que le levanta el montón de ropa de las faldas—. Después.

Ella suspira con resignación y entrecierra los oblicuos ojos de gato. Comprende que no hay forma de distraerlo de su afán. A pesar de todo, le sujeta la mano.

—¿Me lo prometes? —dice—. Prométemelo. ¿Me das licencia para hacer algo útil en esas tierras?

Lucha contra la mano que lo sujeta. Fingen, es un juego y ambos lo saben. Un solo brazo de Cosimo es el doble de ancho que los de ella. Podría arrancarle el vestido en un momento, con su consentimiento o sin él, si fuera un hombre completamente distinto.

—Te lo prometo —dice, y la besa, y ella le suelta la mano.

Mientras él se prepara ella piensa que nunca lo ha rechazado en esto. Ni lo rechazará jamás. Lleva las riendas del matrimonio en muchos otros aspectos, en más que otras mujeres de su misma posición. Según su punto de vista, darle acceso a su cuerpo sin ponerle trabas es un precio pequeño a cambio de las muchas libertades y poderes de los que goza.

Ya ha tenido cuatro hijos; y piensa tener más, tantos como su marido engendre en ella. Lo que se necesita para proporcionar estabilidad y longevidad a una provincia es una gran familia que la gobierne. Antes de contraer matrimonio con Cosimo, esta dinastía estaba en peligro de desaparecer, de disolverse en la historia. Y ¿ahora? Cosimo tiene asegurados el poder y la soberanía de la región. Gracias a ella cuentan ya con dos herederos varones en las habitaciones de los niños, que serán educados para seguir los pasos de Cosimo, y dos niñas, que pueden aliarse en matrimonio con otras familias poderosas.

Se concentra en esta idea porque quiere concebir otra vez y porque no quiere pensar más en el alma que perdió hace un año. Nunca habla de ello, nunca le cuenta a nadie, ni siquiera a su confesor, que aquella carita gris perla y aquellos deditos doblados todavía la rondan en sueños, que los echa de menos y los quiere incluso ahora, que su ausencia le ha hecho una herida que la atraviesa de parte a parte. Se dice a sí misma que la cura de esta melancolía consiste sencillamente en tener otro hijo cuanto antes. Tan pronto como conciba de nuevo todo se arreglará. Tiene un cuerpo fuerte y fértil. Sabe que la gente de la Toscana

la llama «La Fecundissima», y es muy cierto: ha descubierto que dar a luz no es la tortura infernal que le habían hecho creer. Cuando se fue de la casa de su padre se llevó consigo a su aya, Sofia, y esta mujer es la que cuida a sus hijos. Eleonora es joven, es bonita, su marido la ama, le es fiel y haría cualquier cosa por complacerla. Va a llenar las habitaciones de los niños, que están debajo de los aleros del *palazzo*; las va a llenar de herederos; tendrá un hijo detrás de otro. ¿Por qué no? No perderá ninguno más antes de tiempo: no lo consentirá.

Mientras Cosimo se desahoga laboriosamente en la asfixiante *Sala delle Carte Geografiche* y sus ayudas y las damas aguardan fuera, indiferentes, intercambiándose bostezos y miradas de resignación, Eleonora aparta el recuerdo del hijo perdido y piensa otra vez en las tierras de las marismas pasando por encima de los cañaverales, los lirios, los matojos y la maleza. Se pasea entre las brumas y los vapores. Se imagina que llegan constructores, artefactos y canalones, que drenan y quitan toda la humedad y toda el agua innecesaria. Esto da lugar a cosechas abundantes, reses cebadas y pueblos habitados por súbditos agradecidos y bien dispuestos.

Apoya los brazos en los hombros de su marido y fija la mirada en los mapas de la pared de enfrente mientras él se aproxima a su momento de placer: la Grecia Antigua, Bizancio, la gran extensión del Imperio romano, constelaciones celestes, mares ignotos, islas reales e imaginarias, montañas que desaparecen entre cielos de tormenta.

No se le ocurre prever que todo esto es un error, que tendría que haber cerrado los ojos y centrarse en la estancia, en su deber marital, en su fuerte y atractivo marido, que todavía la desea después de tanto tiempo. ¿Cómo podía haber sabido que la hija que concibiera de esta unión sería diferente a los demás, tan dulces de natural y tan agradables de temperamento? Cuán fácilmente había olvidado, en ese momento, el principio de la impresión materna. Más tarde se castigará por semejante

distracción, por la falta de atención. Médicos y sacerdotes por igual le han grabado en la cabeza que el carácter de los hijos lo determinan los pensamientos de la madre en el momento de la concepción.

Pero ya es tarde. Los pensamientos de Eleonora aquí, en la sala de cartografía, vagan a rienda suelta, inquietos, indómitos, mirando mapas, paisajes, naturalezas salvajes.

Cosimo, gran duque de la Toscana, concluye el acto con el acostumbrado gruñido, estrechando a su mujer en un tierno abrazo, y ella, conmovida pero un tanto aliviada (al fin y al cabo, hace un día tórrido), se deja bajar de la mesa. Llama a sus damas para que la acompañen a sus habitaciones. Les dice que le gustaría una tisana de menta, una siesta y tal vez unas enaguas limpias.

A los nueve meses, cuando le enseñan a la recién nacida, que aúlla y se retuerce y se arranca las ropas que la envuelven, una niña que no descansa ni duerme, que no se calla si no es moviéndola sin cesar, una niña que a veces acepta el pecho del ama de cría —escrupulosamente elegida por Sofia— unos momentos pero que no mama ni cinco minutos seguidos, una niña que nunca cierra los ojos, como si buscara un horizonte lejano, a Eleonora le remuerde la conciencia. ¿Este carácter tan rebelde de la pequeña es por su culpa? ¿Se lo debe a ella? No se lo cuenta a nadie, y menos a Cosimo. La aterroriza la existencia de esta niña, le mina la convicción que tiene de ser una madre excelente, de dar a luz vástagos sanos de cuerpo y mente. Que uno de sus hijos sea tan difícil, tan intratable, mella la quintaesencia de su función aquí, en Florencia.

Durante una visita a las habitaciones de los niños en la que se pasa la mañana intentando abrazar a la pequeña, que no deja de berrear, se da cuenta de que el alboroto afecta a los otros cuatro hermanos, que se tapan los oídos y quieren salir de la habitación. Teme que la conducta de esta niñita influya en ellos. ¿Se volverán insoportables e inconsolables de repente? Sin pensarlo

más, decide trasladar a Lucrezia de las habitaciones de los niños a otra parte del *palazzo*. Una temporada nada más, se dice, hasta que la niña se apacigüe. Hace algunas averiguaciones, busca los servicios de otra ama de cría, una de las cocineras: una mujer campechana de anchas caderas que acepta el encargo de mil amores; su propia hija, que ya tiene casi dos años y se tambalea por el suelo enlosado, está lista para el destete. Eleonora manda todos los días a una de sus damas a las cocinas a preguntar qué tal va la niña; cumple sus deberes con la pequeña, de eso está segura. El único inconveniente es que Sofía, la vieja aya de Eleonora, no comulga con la situación, protesta a voces de lo que denomina el «destierro» de Lucrezia y además no tiene nada que reprochar al ama de cría que había elegido ella. Pero Eleonora, extrañamente, insiste en separar a la niña de sus hermanos, en bajarla a las cocinas, con los criados, las doncellas, el ruido de cazuelas y el calor de los grandes fogones. Los primeros meses de Lucrezia transcurren en un balde de la ropa, bajo la vigilancia de la hija menor del ama de cría, que acaricia los diminutos puños de la niñita y llama a su madre en cuanto esta hace un mohín como para ponerse a llorar.

Cuando empieza a dar los primeros pasos sucede un incidente con una olla de agua hirviendo del que se libra por muy poco y la mandan de nuevo arriba. Al verse fuera del conocido ambiente de vapores y jaleo de las cocinas y rodeada por cuatro niños de los que no guarda memoria alguna, se pasa dos días llorando. Lloro por su ama de abajo, por las cucharas de madera que le daban para morder cuando le dolían los dientes, por los ramilletes de hierbas cuya silueta se recortaba en los cuarterones de las ventanas, por la mano que se le acercaba con una rebanada de pan caliente y con un trocito de queso para masticar. No quiere saber nada de las habitaciones de arriba, con tantas camas seguidas, con niños idénticos de ojos negros que la miran, impasibles, que murmuran entre ellos y se levantan de repente y se van. Conserva un recuerdo inquietante de una olla negra,

inmensa, que cae muy cerca de ella, y luego un río de líquido ardiente. Rechaza los brazos y el regazo de estas cuidadoras; no les deja que le den de comer ni que la vistan. Quiere a la cocinera de abajo, a su madre de leche; quiere retorcer entre los dedos un mechón de su suave pelo mientras se adormece, sana y salva, en su amplio regazo. Quiere la dulce cara de su hermana de leche, que le canta y le deja dibujar con un palo en las cenizas del fuego. Sofia hace gestos de desaprobación con la cabeza y musita que ya le dijo ella a Eleonora que mandar a la niña abajo no era una buena medida. Solo consigue que coma algo dejándole los alimentos en el suelo, a su lado. Como un animal salvaje, remata Sofia.

Cuando Sofia, que se empeña en ir a las habitaciones de su antigua pupila, se planta con los puños en las caderas y la informa de estas cosas, Eleonora suspira y se lleva a la boca una almendra recién cascada. Le faltan unos días para dar a luz de nuevo, su vientre es una montaña debajo de las sábanas; espera que sea niño. Esta vez no se arriesgó, ordenó que llenaran una cámara de cuadros de hombres jóvenes entregados a viriles actividades masculinas: arrojando lanzas o luchando en justas. Solo en esta estancia consiente en consumir el acto conyugal, para gran decepción de Cosimo, que siempre ha gustado de una cópula presurosa en cualquier pasillo o subterráneo. Pero no está dispuesta a cometer el mismo error que la vez anterior.

A los cuatro años, Lucrezia no juega con muñecas, como hicieron sus hermanas, ni se sienta a la mesa a comer ni participa en los entretenimientos de sus hermanos menores; prefiere pasar el tiempo sola, corriendo como una salvaje de punta a punta del adarve o arrodillada en la ventana desde la que contempla la ciudad y las montañas del fondo durante horas. A los seis, se revuelve, no para quieta cuando tendría que posar para el pintor como una niña buena, hasta que Eleonora pierde la paciencia y dice que no le harán el retrato y que vuelva a las habitaciones de los niños. A los ocho o nueve, se niega a ponerse calzado de

cualquier clase, incluso cuando Sofia la abofetea por desobedecer. A los quince, a punto de contraer matrimonio, arma un gran alboroto por el vestido de bodas, que la propia Eleonora ha encargado: una bellísima combinación de seda azul y brocado de oro. Lucrezia entra intempestivamente en las habitaciones de su madre, sin llamar, gritando a pleno pulmón que no se lo va a poner, que no se lo pondrá, que le queda enorme. Eleonora, que está al *scrittoio* escribiendo a una de sus abadesas predilectas, procura contenerse y le dice con firmeza que se lo están arreglando y que lo sabe de sobra. Pero, como era de esperar, Lucrezia sobrepasa el límite. Enfurecida, pregunta por qué tiene que llevar el vestido que era para su hermana Maria, la que murió, que ya es bastante desgracia tener que emparejarse con su novio, que no quiere ponerse su vestido, además. Mientras Eleonora posa la pluma, se levanta del escritorio y cruza el arco para acercarse a su hija, piensa una vez más en el momento en que la concibió, en cómo miraba los mapas de tierras antiguas, fijándose en mares salvajes e ignotos, repletos de dragones y monstruos y barridos por unos vientos que podían desviar a los barcos de su rumbo y llevárselos muy lejos. ¡Qué gran error cometió! ¡Cuánto la ha obsesionado esta falta y qué castigo ha recibido a cambio!

Ve entonces, en el otro lado de la estancia, que el rostro huesudo de su hija, anegado en lágrimas, se abre como una flor, esperanzado, expectante. Sabe que está pensando: «Aquí está mi madre. Tal vez me salve del vestido y del matrimonio. Tal vez todo se arregle».